

Opinión

Descarbonización y electrificación

Carlos Gustavo Cano*



El signo de los tiempos yace en la sostenibilidad del planeta. Esto es, como lo definió la señora Gro Harlem Brundtland en 1987, siendo primera ministra de Noruega, “satisfacer las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las posibilidades de las generaciones futuras para atender sus necesidades”.

De otra parte, las buenas prácticas en materia de políticas públicas que apunten en esa dirección, se han convertido en una exigencia de las economías más prósperas del planeta para el acceso a sus mercados. Tal hecho no emana solo del capricho de sus gobiernos, sino en primer término de sus consumidores. De allí surgió inicialmente el movimiento conocido en el viejo continente

como ‘Europe Gap’, el cual luego evolucionó hacia el ‘Global Gap’ y el ‘Local Gap’, que comprenden un conjunto de muy demandantes normas sobre la protección del medio ambiente, la inocuidad y la sanidad de los alimentos, su trazabilidad, la seguridad social para los trabajadores, y, con especial énfasis, la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero en la producción de los bienes y servicios que se comercializan internacionalmente.

Ursula von der Leyen, la médica alemana que preside la Comisión Europea, ex ministra de defensa de su país, se ha mostrado implacable frente a dicho derrotero, anunciando, entre otras medidas, un revolcón en la estructura arancelaria de ese continente, mediante la adopción de impuestos en la frontera para gravar las importaciones en proporción directa al contenido de carbono de las mercaderías y demás bienes transables que allí se ofrezcan.



Las buenas prácticas en políticas públicas que apunten hacia la sostenibilidad, se han convertido en una exigencia de las economías más prósperas del planeta para el acceso a sus mercados”.

A ello se suman los primeros pasos del presidente Biden en el mismo sentido, el retorno de Estados Unidos al Acuerdo de París, del cual había desertado su antecesor, y la designación del peso pesado John Kerry como su enviado especial a fin de impulsar las políticas para hacerle frente al cambio climático.

Ahora bien, en el ámbito

energético, lo que significa semejante viraje no es otra cosa que ingresar a la nueva era de la descarbonización y la electrificación, en especial del transporte. O sea que el petróleo, aunque continuará siendo un ‘commodity’ esencial, al menos durante el resto de esta primera mitad del siglo 21 -cuyo pico de demanda está previsto para principios de la próxima década-, estará acompañado de nuevas realidades como la proliferación de los vehículos eléctricos, de fuentes renovables como la solar y la eólica, del empleo del hidrógeno y de la energía nuclear, así como de la transmisión y la distribución de las mismas en todo el territorio nacional y en los mercados vecinos. Sobre el particular, bien merece una atención especial el excelente libro recientemente escrito por Daniel Yergin, “The New Map: energy, climate and the clash of nations”.

*Ex codirector del Banco de la República y ex ministro de Agricultura. carlostgustavocano@gmail.com

Hambre pandémico

Luis Felipe Chávez Giraldo



La pandemia del Covid-19 ha traído no solo la enfermedad en sí, sino la muerte de dos millones de personas a nivel mundial. Las consecuencias de un evento de tales proporciones en salud pública, desde el punto de vista económico global, y comportamental en la antropología del ser humano, solo pueden compararse desde lo psicológico a eventos catastróficos como una guerra, un tsunami o una migración incontrolada.

En lo político, las incidencias sociales de una pandemia no afectan de manera crítica las jerarquías gubernamentales, pues estas, obedecen en la mayoría de los casos a democracias y dictaduras, que son las dos formas de gobierno más prominentes en el globo terráqueo, sin embargo, hay un factor en el cual, se debe hacer hincapié y que sí incide en la política internacional que es el hambre. La mayoría de los historiadores, coincidimos en atribuir los cambios más importantes de la humanidad al hambre, que en la mayoría de los casos llega a la muerte.

Si bien, la pandemia del coronavirus ha traído una serie de nuevas facetas comportamentales como la compra por internet, el aumento de comidas rápidas a domicilio el sedentarismo o vía contraria, el exceso de ejercicio casero, en muchísimos países el desempleo generado por el virus covidiano ha traído más hambre y por ende desnutrición y enfermedad.

Pero esto no es un comportamiento nuevo para la humanidad. El Estraperlo, por ejemplo, durante la guerra civil española, fue un criterio comercial que inclusive se usa hoy en día, en el que todo aquel que tuviera dinero podría obtener bajo la ilegalidad, más raciones de comida, produciendo lo que en términos de economía histórica se llama: una escasez productiva. Esto, finalmente ocasionó una hambruna sobre todo en las ciudades mediterráneas españolas matando a cientos de personas, no por la guerra, no por el Estraperlo sino por hambre.

Según el historiador Ole J. Benedictow, la Peste Negra tuvo un “salto metastásico” en la Europa medieval, cuando los productores de arroz, cereal y especies campesinas dejaron de producir, huyendo de aquellos ciudadanos que, a su vez, huían de las ciudades plagadas de la enfermedad. Esto, encareció los alimentos de tal forma que modificó la dieta alimenticia de los habitantes del medioevo. Dietas pobres en vitaminas, carbohidratos y por ende las frutas y las hortalizas se pudrían, pues no había quién las recogiera y distribuyera. El historiador medievalista Guy Bois habla de una crisis sistémica durante las enfermedades pandémicas que habían traído a los grandes territorios, estancamientos imcontrolables, produciendo más muerte por hambre que por las enfermedades.

El historiador medievalista Guy Bois habla de una crisis sistémica durante las enfermedades pandémicas que habían traído a los grandes territorios, estancamientos imposibles de controlar, produciendo más muerte por hambre que por las propias enfermedades.

Serví en el Gobierno Barco

Ricardo Santamaría



Estoy orgulloso de haber trabajado en el Gobierno de Virgilio Barco. Serví en el Plan Nacional de Rehabilitación, PNR, y la Consejería de Paz, a cargo de Rafael Pardo y Carlos Ossa. Para mi fue una causa: La de la Paz.

Diálogo social, inversiones y participación ciudadana en los territorios más pobres y olvidados, lucha contra el clientelismo y, por supuesto, diálogo y desmovilización del M-19. Al final de ese gobierno, y gracias al liderazgo de un puñado de estudiantes, se abrió paso la Convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente, la mayor conquista democrática y reformista de Colombia de las últimas décadas.

Barco ordenó a la Registraduría que se contara la llamada “séptima papeleta”, que

alcanzó más de cinco millones de seguidores y con ello creó un hecho político gracias al cual César Gaviria, el siguiente Presidente, puso en marcha el proceso que dio vida a nuestra Constitución Política.

Aún hoy me emociono al recordar esos años cargados de propósito y de un sentimiento de ser un sencillo pero entusiasta y decidido participante de una causa que enfrentó los retos más grandes del terrorismo y la violencia del narcotráfico, las guerrillas y los paramilitares de la historia reciente de Colombia.

Y que salió adelante en democracia, porque esa fue la fórmula: Abrir la democracia, no cerrarla, modernizarla, mejorarla, hacerla más participativa, inclusiva y eficiente. Mas derechos y no menos. Toda mi vida, para bien, quedó marcada por estos años de servicio público, y los cuatro siguientes en el Gobierno Gaviria, en los que tuve el privilegio de conocer el país en las buenas y las malas.



Barco fue el precursor de la política global de corresponsabilidad en la lucha contra las drogas entre países productores y consumidores. No había conciencia de que este es un asunto mundial”.

Desde entonces, navego con la divisa de la paz. Y tengo una conclusión 30 años después: Colombia se crece en medio de los problemas y las dificultades. Fuimos, y somos, más fuertes que la violencia que aún nos agobia. No hay desafío terrorista ni de ningún tipo que pueda doblegar a los colombianos.

Los historiadores han ido

poniendo el Gobierno Barco en un lugar de preeminencia. Con éxitos y fracasos, fue pulcro y correcto. La institucionalidad democrática se impuso al caos, la violencia y el terrorismo.

Virgilio Barco tuvo audacias. Como esta: Un día de finales de la década de los 80, los lectores de periódico de Estados Unidos, se sorprendieron con unos avisos en los que se decía, con fotos y textos, que la cocaína que allí se consumía estaba manchada de sangre colombiana. Barco fue el precursor de la política mundial de corresponsabilidad en la lucha contra las drogas entre países productores y consumidores. No había la conciencia que hoy existe de ser un asunto global.

Es una esperanza hoy que la Comisión de la Verdad y la JEP aporten nuevas y definitivas pruebas para esclarecer los horrendos crímenes perpetrados en esos y los siguientes años, hasta nuestros días.

Escritor y analista. risasa1960@gmail.com

Historiador. lfch1978@yahoo.com